

Grace Schwindt

Pajaritos y un demonio, 2015

Salgo de casa, básicamente hace viento, llevo jersey de lana, impermeable y zapatillas, sin guantes. En ocasiones, sombrero. Me gusta ponerme jerseys de lana de segunda mano, los que servían para identificar a los pescadores ahogados, con un patrón único para cada familia. Salgo. Bajo por el acantilado, siempre tomo la ruta que descubrí un año después de empezar a trabajar aquí, hace 37 años, en el 78, a finales de la primavera. Debo caminar despacio para no caerme. Cuando llego abajo, camino dirección Norte durante más de seis kilómetros, la playa es ancha, así que primero camino a lo largo del borde del acantilado, despacio, asegurándome de que no despisto ningún pájaro, o parte de alguno que haya sido arrastrado por la marea. El problema es que los cuervos se comen los pájaros muertos, por lo que, a menudo, lo único que queda de ellos es un par de alas. Tengo que ir a diario para competir contra los cuervos. Si encuentro combustible sobre un cuerpo, lo mando al laboratorio de la Universidad de Heriot-Watt, ellos pueden confirmar si podría ser crudo o si es aceite refinado. Si es refinado, se trata de fuel y podría haberse vertido accidentalmente durante un aprovisionamiento de combustible de un barco a otro, pues hay muchos buques de guerra en la zona. Si es crudo, difícilmente habrá podido derramarse por accidente. Cuando los pájaros entran en contacto con el combustible, se les adhiere inmediatamente. Se impregnan de cada gota, primero en las plumas y luego va resbalando hasta alcanzar la piel. El combustible atraviesa la piel y entra en su cuerpo. Es un proceso lento pero imparabile, atraviesa la piel y los tejidos y pasa al torrente sanguíneo. A continuación el combustible fluye junto con la sangre hasta alcanzar el corazón y el cerebro. Cuanto más aéreo seas, menos tiempo pasas sobre la superficie del mar y menos probabilidades tienes de mancharte. Cuanto mayor es el tamaño del ave, más posibilidades de contaminación; los alcatraces, por ejemplo, suelen contaminarse con frecuencia.

A veces encuentro dos o tres aves manchadas de combustible; otras veces hasta treinta y en ocasiones ninguna. En total unas mil al año. Cuando inauguraron la terminal petrolífera, podía encontrar cientos al mes. Hasta el año 1981-82, vaciaban los barriles de agua contaminada directamente al mar. Algunas aves todavía estaban vivas cuando las encontraba, pero no podía limpiarlas. Nunca ha habido instalaciones en Shetland para limpiarles el combustible. Ahora se está desarrollando un plan de contingencia mediante el cual se estabilizarían las aves para trasladarlas posteriormente a la unidad de rescate de vida salvaje SPCA, casi con toda probabilidad por vía aérea.

Yo ya vivía allí cuando encalló el petrolero MV Braer en 1993 y daba por hecho que encontraría la playa sembrada de aves muertas, pero lo que no esperaba era encontrar también peces muertos por todas partes. El combustible traspasó la superficie del agua, un hecho inusual, puesto que el aceite suele flotar sobre ella, pero había tal tormenta, el mar completamente blanco, que el petrolero se rompió en mil pedazos, de tamaño no mayor que una silla de casa. Todo nadaba entre el crudo diluido; casi arrasa la población de colimbo en un día —tan sólo quedó un 20% tras el vertido. El crudo o el combustible mal refinado también dañan el cuerpo humano si está expuesto durante un período largo de tiempo. Te desmayas, pierdes el conocimiento, y si lo tocas, te abrasa la piel.

Sufres pequeñas abrasiones a la hora de recoger las aves; yo estoy llena de pequeñas marcas de quemaduras; no me gusta usar guantes. Generalmente encuentro pequeños cuerpos, o fragmentos de cuerpos. Los recojo con sumo cuidado, los deposito en la palma de la mano y siento sus plumas, siempre húmedas y suaves, con una ligera resistencia a la presión; es como si sus cuerpos se desplomasen en contacto con mi piel, los noto pesados, sólo por un instante, y a continuación su peso se aligera de repente. Sólo me presionan la piel lo que parecen venas endurecidas en forma de gusanos. El resto del cuerpo flota. Siento la humedad en la mano y, sin embargo, al volver a depositar los cuerpos, la tengo seca.

Un día me resultó imposible determinar qué parte del cuerpo sostenía; si se trataba de la parte interior de la cola o de parte del lomo, demasiado pesado para su tamaño; al observarlo, un haz de luz —quizás proveniente del sol— me chocó en los dedos, me atravesó la mano y me desapareció por la muñeca.

Al ave, un pájalo grande que encontré cerca de la valla de seguridad de BP, le faltaba un ala y la otra la tenía atrapada contra la valla. Tenía dos manchas de combustible: una le cubría el pecho hasta la altura de la garganta y la más pequeña le pegaba el ala al cuerpo. Aún estaba vivo cuando lo encontré. No sé cómo se le diseccionó el ala; los cuervos no comen alas.

Ese mismo día encontré un pequeño cuerpo, entero, todo cubierto de combustible a excepción de una pequeña parte del pecho. Todavía estaba vivo; o quizás, no muerto. El cuerpo permanecía quieto, incapaz de moverse, pero los ojos se movían frenéticamente; estaba hidratado, en estado salvaje, y sus plumas tenían casi el color que había imaginado: gris oscuro con un ligero brillo púrpura. A primera vista parecían negro azabache. Es posible que el gris oscuro y el púrpura fuesen el reflejo de fuera, del aire o del cielo. Su mandíbula superior parecía muy recta para ser un pájalo.

Es un ave interesante; solían llevarse las crías de araos aliblanco de sus nidos y comérselas. Si lo haces, tienes que esperar a la temporada de cría —a partir de mediados de julio— el mejor momento para las crías, cuando están mejor para atraparlas. Luego se dieron cuenta de que si podían llevarse a las crías, también podían con los ejemplares adultos. Y así hicieron.

Aquella ave tenía un corte profundo, longitudinal al plumaje inferior. La sangre, oscura, parecía haberse mezclado con el combustible. De algún modo, me encuentro débil. Tal vez el combustible me haya penetrado también a mí en la piel. Me siento tan delgado como un hilo de seda y al tiempo tan grande como un tumor que crece indefinidamente.

Necesito buenas noticias. Necesito recuperar la salud. Corro frenéticamente de un lado para otro, del borde del mar a la base del acantilado, luego en diagonal hacia fuera, luego de nuevo hacia dentro para alcanzar el lugar que está junto al acantilado, paralelo al punto próximo al agua, donde comencé a correr o bailar; por un momento me siento como un bailarín que describe con su danza la forma de un diamante. Tal vez los cuerpos desaparezcan si repito esta forma lo suficiente. Tras un rato, caigo exhausto. Me siento poseído. Quiero dormirme, esperando olvidar los cuerpos. Me duermo soñando con mi amado, lo abrazo, se convierte en su padre, sigo abrazándolo. Los gusanos reptan por los dobleces de su piel. Un demonio asciende a través de él por su boca abierta. Resuella. Parece que se ha visto sorprendido. Ahora puedo contemplar el interior de su cuerpo a través de la boca abierta. Es gris oscuro y rojo oscuro, con diferentes sombras en púrpura por algunas zonas. Ahora su piel se pliega, la carne queda expuesta. No es suave, tiene bultos irregulares y formas alargadas sobre la superficie, todas del mismo color, rojo, rojizas, fuertes y profundas. Se levanta, no me dirige la mirada en ningún momento, vaga por la orilla del agua, el demonio lo sigue y camina junto a él. Los observo durante un rato. Aparecen entre flashes de relámpagos y vuelven la luz turquesa, azul oscura, blanca, luego amarilla muy oscura, casi marrón. Por un momento pensé que era vidente y podía leer sus mentes. Estudiaré electricidad más adelante para comprender los intervalos iguales de los flashes.

Aparece un hombre con un velo negro y seda negra envolviendo su cuerpo, que parece moverse de manera independiente a él. Se ve precioso. Me adelanta y sube el acantilado.

Parece que no me encuentro bien. Ojalá me diera un ataque, un ataque de placer o desesperación, un ataque incontrolable de agotamiento y estrés. Me llevaría tiempo recuperarme. Puedo ver toda la escena desarrollarse frente a mí.

Recibiría cartas de familia y amigos, uno o dos me cuidarían con tal lealtad que llegarían a ser considerados mártires. Enjugarían el sudor de mi frente, me alimentarían, me restregarían sal por el cuerpo, dejarían entrar aire fresco, me querrían. Me darían consuelo cuando más lo necesitase. Estarían orgullosos de mi pronta recuperación y me amarían por ello. Tocarían para mí y bailarían para mí, me enseñarían, quizás, un nuevo idioma, árabe o latín, discutiríamos las sutiles diferencias entre los idiomas, utilizaríamos emociones para describir expresiones únicas que no pueden ser traducidas entre ellos. Recibiría una carta de mi padre pidiéndome que fuera a casa, que rechazaría amablemente, pues no estoy en disposición de viajar. Tendría que permanecer aislado algún tiempo más de lo que yo denomino el mundo civilizado. Me recuperaría, pero lentamente, y seguiría acordándome de las personas cercanas a quienes nadie debería colgar su esperanza de los milagros.

Con el tiempo podría volver al trabajo en el faro, volver a observar las aves, verlas volar. Se ven densas y me imagino volando con ellas, arropándome fuerte alrededor de sus cuerpos, con los brazos rodeando el cuello de una, que se va estirando con mi peso, cada vez más delgado, hasta que ya no puedo agarrarlo.

Aterrizo sobre la superficie del océano, ya no oigo nada. He perdido el sentido del oído. Noto la muñeca sobre un témpano de hielo. Creo que tengo fiebre. Siento que el cuerpo exhala vapor o gases. ¿Me habrán envenenado? ¿Se me estará escapando la sangre? A lo mejor me he cortado con el témpano de hielo pero no parece líquida. Siento la piel fina y sin cortes, luego las venas deben de estar presionando a flor de piel desde el interior. Quizás ya no sea un todo; quizás sea tan solo un cuerpo desmembrado. Al pensarlo resuello; mi boca se queda abierta demasiado rato tras esta repentina inspiración. Quizás sea ahora cuando el demonio regresa, apresándome, tragándome de un bocado, engulléndome.